

do. En Madrid habían muerto los sueños de la República, y entre los exiliados derrotados que tras años de prisión franquista desembarcaron en Valparaíso de la mítica nave *Winnipeg* –un viaje que el Partido Comunista Chileno había organizado para salvar a un millar de republicanos– estaba también Víctor Rey, proveniente de Cataluña. Había logrado embarcar gracias a la ayuda de Pablo Neruda.

Ignoro cómo se conocieron Víctor y Marta; de todos modos, este ingeniero «de altos ojos», como lo definió Neruda en el *Canto general*, se convirtió en su marido. No fue un matrimonio feliz. Por su trabajo, Rey estaba continuamente de viaje, largas ausencias durante las cuales Marta permanecía sola en Santiago. Encerrada en casa, se dedicaba a la reescritura de *El vaquero de Dios*.

En aquellos años trabó una gran amistad con Pablo Neruda y su esposa, Delia del Carril, y quizás ésta fue una de las causas de su acercamiento al Partido Comunista, al cual sin embargo nunca se afilió. Durante toda su vida, Neruda será para Marta no sólo el gran poeta sino también un maestro y un segundo padre. Fue él quien hizo descubrir a aquella joven educada según los principios de la «buena sociedad de Santiago» un mundo nuevo y diferente.

Los bosques, el agua de los ríos, las montañas que Marta siempre había amado, después de aquel encuentro se poblaron de humanidad, de leñadores, de pescadores que cotidianamente luchan por la sobrevivencia. De esta manera, el campo perdía los rasgos idílicos y bucólicos acreditados por la ideología de los latifundistas para transformarse en campo donde centenares y centenares de siervos de la gleba eran explotados por patronos feudales y obtusos que no vacilaban en imponer su voluntad a través del brazo armado de los carabineros. Y todo esto lo escribió Marta en *El vaquero de Dios*.

En 1948, el Frente Popular, la totalidad de la izquierda chilena incluido el Partido Comunista, ganaba las elecciones y subía al poder con el radical Gabriel González Videla. Pero poco después, González Videla, en un repentino viraje, bajo la violenta presión de los medios que representaba, puso al Partido Comunista fuera de la ley. Comenzó un período de terrible represión; se persigue a los militantes comunistas y muchos de ellos morirán en campos de concentración y en prisiones. Para todos ellos, la clandestinidad. Neruda era buscado y logró escapar a las primeras redadas; también él se vio obligado a la clandestinidad. Una de las personas que acudieron en su ayuda fue Marta Jara. El matrimonio Jara-Rey, desde hacía tiempo en profunda crisis, se vio revitalizado por los intentos de procurar escondites y protección al poeta fugitivo. Neruda narra estos hechos en la sección «El fugitivo» del *Canto General*.

El primer escondite fue un apartamento en el centro de Santiago, pero al aumentar el peligro se vieron obligados a retirarse a zonas siempre más aisladas y alejadas. El último de los escondites fue una cabaña en la bellísima y desierta playa de Punta de Tralcas, en la que Marta y otros militantes escondieron a Neruda y a su mujer hasta que se hizo cargo de ellos otra célula del Partido Comunista, encargada de hacerlos pasar a la Argentina, tras un azaroso viaje por los Andes. De allí, Neruda y su esposa emigraron a Europa; Marta regresó una vez más a la casa paterna. Era el año 1948.

Don José del Carmen, el pirata, había muerto en 1946, dejando muy poco de la pasada riqueza, y lo que aún quedaba estaba en manos de Renato. En 1949, con la dedicatoria «A Pablo Neruda, desde su patria», la editorial Nacimiento publica la colección de cuentos *El vaquero de Dios*. Pero poco faltó para que aquella incauta y generosa dedicatoria la pusiera en la cárcel; Marta fue obligada a exiliarse. Partió para Europa.

En los primeros meses de 1949 llegó por primera vez al legendario golfo de Nápoles. En el barco, que había partido de Buenos Aires, Marta había trabado amistad con Carolina Longone, una joven napolitana que volvía a casa después de años de emigración. Una vez en Nápoles, Carolina le presentó a la familia Longone, en la que, bajo el dominio matriarcal de Serafina, la madre, vivían y se agitaban varias otras hijas y dos hijos. Durante el fascismo, esa casa había sido un centro de encuentro de intelectuales antifascistas, atraídos ya sea por las apasionantes discusiones culturales o por la bonitas hijas de Serafina. Uno de los hermanos de Carolina era Riccardo Longone, un periodista comunista, casado con una diputada del Partido Comunista Italiano.

Marta conoció a Riccardo, y lo conoció tan bien que nací yo, el único hijo de Marta, es decir, Pablo Riccardo Longone Jara (Pablo es, obviamente, un homenaje a Neruda). El viaje a Italia fue por cierto un período sereno, después de las terribles tensiones de la represión y la clandestinidad, como también del matrimonio con Rey, que se había derrumbado definitivamente tras el dolor por la muerte del muy querido don José y por la decadencia de doña Erna, casi un símbolo viviente de la ruina de la fortuna de los Letelier. En efecto, el viaje a Europa era también un intento de aligerarse de todo aquello, y los recorridos por Italia, junto al fascinante Riccardo —en los que descubrió Nápoles, Roma, Lucca, Florencia, Venecia—, pero también Francia, España e Inglaterra, debieron darle una gran sensación de libertad.

Después de un breve período en Nápoles, se transfirió a Roma, al «Albergo dei Portoghesi»; asimismo, presentada por Longone, comenzó

también a escribir colaboraciones para *Paese Sera*. Eran artículos sobre Neruda. Marta no sólo había sido su guardia personal sino también su secretaria que, entre otras cosas, había escrito a máquina el texto definitivo del *Canto general*, y con la cual mantenía una correspondencia constante. Pero también escribía sobre la situación chilena, sobre la represión anticomunista que aún se abatía contra la «patria de las tinieblas», como había escrito Neruda. Pero tras un año despreocupado, las crecientes dificultades económicas, el nacimiento del hijo y la angustiosa nostalgia por su tierra la convencieron de regresar a Chile. La ayudó su hermano Álvaro, a quien Marta en broma llamaba Karamazov. El 6 de noviembre de 1950 nació su hijo.

En estas circunstancias, la vuelta de Marta fue muy diferente de lo esperado: con un hijo de pocos meses y sin padre, una familia cada vez más disgregada, en un país oprimido. Doña Erna se conmovió a la vista del niño que así tuvo la suerte de crecer si ya no en el lujo, al menos en una noble decadencia. La gran casa que había recibido decenas de huéspedes entre familiares y sirvientes estaba ahora habitada por cuatro personas: la abuela, la madre, el hijo y una vieja criada, de nombre Ofelia.

Se inicia un período en que Marta se dedica a las ocupaciones más variadas. Entre otras, también trabajó para la EMELCO, una industria cinematográfica del Estado. En 1953 termina el largo relato «La camarera» y se lo envía a Ricardo Latcham, en aquella época el crítico chileno de más renombre, quien decide incluirlo en la *Antología del cuento hispanoamericano*.

En 1958, Salvador Allende se presenta por primera vez a las elecciones. Recuerdo a mi madre apuntando minuciosamente en cuadernos los resultados electorales, colegio por colegio. Allende perdió; resultó elegido el hijo de un ex-presidente conservador y muy conservador él mismo, Arturo Alessandri, descendiente de genoveses. No obstante, la ley de represión del Partido Comunista fue derogada. Neruda pudo regresar triunfalmente a su patria, y fue recibido con todos los honores. En esa ocasión, compró la casa de Isla Negra, muy cerca de los lugares en que Marta lo había escondido. Periódicamente éramos invitados a Isla Negra. Recuerdo que de niño me gustaba muchísimo jugar en el gran jardín que rodeaba la casa.

Marta había empezado un nuevo trabajo en la Caja de Empleados Particulares, una entidad burocrática estatal donde, según sus palabras, se «contaban cucharitas». Renato, el hermano mayor, decidió vender Santa Mónica. Como consecuencia de esta decisión, doña Erna terminó en un albergue cualquiera, el gran piano fue vendido, y mi madre y yo dimos en

una habitación amueblada. Como las desgracias nunca llegan solas, Marta se enfermó de nefritis, lo que la obligó a quedarse mucho tiempo en cama. Lo dedicó exclusivamente a escribir. Así nació «Surazo» y los relatos que lo acompañan, pero también narraciones inéditas como «El puntal» y «La vaca», poesías y una colección de cuentos infantiles. Asimismo, dos piezas de teatro que se han extraviado.

El período de enfermedad fue muy largo y su salario era recortado periódicamente según cálculos burocráticos; se llegó así a un punto en que logramos seguir adelante sólo gracias a las colectas de sus compañeros de trabajo. La enfermedad de Marta duró dos años; luego se recuperó y gracias a no sé qué fuerza interior recomenzó su antiguo trabajo.

Desgraciadamente, en este dramático trance, Neruda y el Partido Comunista brillaron por su ausencia. Finalmente, en 1962, un golpe de fortuna: Marta compró a un viejo ciego un billete de la lotería nacional y ganó un montón de dinero. Con esta cantidad pudimos cambiar de casa y comprar un coche, un Citroën del 52, de esos que pueden verse en ciertas películas francesas sobre la Resistencia. Estábamos orgullosos de él. Fuimos a vivir a Vicuña Mackenna 4, a cien metros del lugar en que había escondido a Neruda durante la represión.

En 1963 envió *Surazo* al concurso de la Sociedad de Escritores de Chile para el Premio Alerce. Por unanimidad fue declarada ganadora. En muy corto tiempo se agotaron la primera y la segunda edición. En el mismo año, *Surazo* fue elegido libro del año en Chile. Marta vivió un periodo de notoriedad, se convirtió en una escritora entrevistada por los periódicos, la radio y la televisión. Incluso Neruda se acordó de ella y le envió un telegrama que aún conservo. Mientras toda la prensa y la crítica reconocían en *Surazo* un ejemplo de literatura nacional chilena, el Partido Comunista se acordó de Marta para atacar el libro en el periódico *El siglo* por no armonizar con los cánones del realismo socialista y, por consiguiente, con la realidad nacional chilena. Yo tenía entonces trece años; diseñé la cubierta para la tercera edición de *Surazo* (Ediciones Zig-Zag). Recuerdo que en aquellos años ganaba algún dinero vendiendo diarios los domingos por la mañana en el mercado central de Santiago. La misma editorial Zig-Zag confió a Marta la tarea de lectora, lo que le permitió abandonar definitivamente el odiado trabajo de empleada. Declinó sin embargo la invitación de la Sociedad de Escritores (SECH) a asumir responsabilidades organizativas en la asociación, lo que fue interpretado como un gesto de soberbia que la privó de la simpatía de uno que otro demócrata progresista que malentendió su natural desamor por toda tarea oficial.